

En tren con el asesino

OTROS LIBROS DE LA AUTORA EN DUOMO:

La casa de los enigmas

Alexandra Benedict

En
tren
con el
asesino

Dieciocho pasajeros.
Siete paradas.
Un asesino.

Traducción de Gemma Deza



Duomo ediciones

Barcelona, 2023

Título original: *Murder on the Christmas Express*

© 2023, Alexandra Benedict

© 2023, de la traducción, Gemma Deza Guil

© 2023, de esta edición: Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Todos los derechos reservados

Primera edición: noviembre de 2023

Duomo ediciones es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.

Av. Riera de les Cassoles, 20. 3.º B. Barcelona, 08012 (España)

www.duomoediciones.com

Gruppo Editoriale Mauri Spagnol S.p.A.

www.maurispagnol.it

ISBN: 978-84-19521-83-5

Código IBIC: FA

DL: B 18.105-2023

Diseño de interiores:

Agustí Estruga

Composición:

Grafime S.L.

www.grafime.com

Impresión:

Grafica Veneta S.p.A. di Trebaseleghe (PD)

Impreso en Italia

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telemático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la discusión a través de internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.

*Más rápido que las hadas, más rápido que las brujas,
puentes y casas, setos y zanjas,
cargando como tropas en una batalla
a través de los prados, los caballos y el ganado:
todas las vistas de la colina y la llanura.
Vuela tan grueso como la lluvia torrencial;
y nunca más, en un abrir y cerrar de ojos,
las estaciones pintadas pasan silbando.*

ROBERT LOUIS STEVENSON,
extracto del poema «Desde un vagón de tren»

*A Katherine Armstrong,
editora, amiga y maestra resolviendo enigmas*

Anagramas

He diseminado a lo largo de todo el libro anagramas de mis relatos y poemas favoritos (¡y de una canción!). ¿Serás capaz de encontrarlos?

«Charon» – Louis MacNeice

«Desde un vagón de tren» – Robert Louis Stevenson

«Ghost Train» – George Szirtes

«The Marshalling Yard» – Helen Dunmore

Asesinato en el Orient Express – Agatha Christie

«Orient Express» – Grete Tartler

El señalero – Charles Dickens

El tren de Estambul – Graham Greene

«The Stopped Train» – Jean Sprackland

Extraños en un tren – Patricia Highsmith

Los trenes – Robert Aickman

Train Song – Tom Waits

Violet – S. J. I. Holliday

Al final del libro también encontrarás las preguntas del concurso que tiene lugar en el vagón Club del tren nocturno.

¿Sabrías decir el título de seis canciones de Kate Bush que aparecen en el texto de *En tren con el asesino* (no son anagramas, están ocultas a la vista y a veces ni siquiera eso...)?

Prólogo

24 DE DICIEMBRE

Meg no quería que la viera llorar, esta vez no. Salió a toda prisa del vagón Club, consciente de que las cámaras de los teléfonos móviles se volvían para enfocarla. Le escocían los ojos mientras corría a trompicones por el pasillo hasta su compartimento. El tren parecía susurrarle: «No te ama, no te ama, nunca te ha amado».

Mientras buscaba en sus bolsillos la llave electrónica, miró hacia atrás. Grant no la seguía. En parte, le habría gustado que lo hiciera. Le habría gustado tener una riña que destilara amor y que cuando se le pasara la borrachera y le suplicara que lo perdonara volviese la paz. Pero sabía qué podía ocurrir. No era la primera vez que casi sucedía algo así. Y no estaba dispuesta a morir aquella noche.

Una vez dentro de su habitación Doble Club, cerró la puerta con llave y se tumbó en posición fetal en la cama. Se abrazó a una almohada y empezó a balancearse. Tenía la sensación de que le había estallado el corazón, como el envoltorio de un polvorón, y que lo único que quedaba ahora era un papel arrugado.

Pensó en ir a ver a aquella mujer, Roz, la exdetective que se parecía a Kate Bush. Tal vez ella pudiera ayudarla.

Entonces le vibró el teléfono.

Y luego otra vez.

Miró la pantalla: la habían etiquetado en un vídeo y ya se acumulaban centenares de notificaciones. Tanto el tren como su corazón parecían desbocarse. Habían publicado el clip hacía solo un minuto. Alguien había filmado toda la discusión entre Grant y ella, desde las acusaciones susurradas hasta las negaciones a voz en grito, y luego la cámara había seguido a Meg por el vagón mientras corría.

Vio aparecer los comentarios en tiempo real. Como de costumbre, no pudo reprimirse y los leyó:

SymphonyInBlue2010: ¡En el Equipo Meg!

Meg4Eva: ♥♥ 😬

ThisWomansWork: Está bueno, que se aguante Megan. ¡Yo lo haría! 😊

Nene_Santurron_TEX: ¡DÉJALO, MEG! ¡Ven a sentarte en mi cara!

PosAnexionesInterstelares: No te fíes de él, sé lo que me digo.

TeleDeslumbrante: Meg es un caso perdido. Va drogada. Se le nota.

SegúnDanteVendedor: Fake news. Está todo pactado. Están interpretando, y el resto son actores de reparto.

Meg comprobó que #RiñaMegyGrant se había convertido en *trending topic* en Twitter.

Notó una erupción de rosácea en el rostro que hacía juego con su volcánica humillación. Sabía lo que diría Grant:

—Conviértelo en dinero.

Era como el enano saltarín de los hermanos Grimm, capaz de convertirlo todo en oro, sobre todo si la hacía sentir a ella como una muñeca rota. En veinticuatro horas Grant habría vendido la historia a la prensa rosa y aparecerían los dos en las portadas, aunque la sonrisa de Meg nada tendría que ver con el pesar de sus ojos.

Pero esta vez no iba a permitirlo. No después de lo que le había susurrado cuando estaba en aquella mesa. La gente se preguntaría por qué no había hablado antes, por qué no lo había dejado a tiempo. Esa gente tenía suerte, porque nadie la había maltratado. No podía entender que cuando el amor te mata de hambre, te conformas con unas migajas de pan rancio.

Poco importaba ya lo que dijera nadie. Estaba decidida a reivindicar su historia. A contar la verdad. Toda la verdad. Todo lo que había ocultado y guardado en vídeos durante tanto tiempo. Había llegado la hora de sacarlos a la luz, de liberarse. Y quizá sirviera de altavoz a muchas personas que no podían hablar. Empezaría creando su propio *hashtag*: #MegToo.

Meg sacó su espejito de bolsillo y se contempló. Vio su rostro reflejado en sus oscuras pupilas. Le recorrían las mejillas churretones de rímel, que trazaban surcos en la base de maquillaje. Sacó el último lote de muestras promocionales que le habían enviado para probar y se adecentó tapándose las manchas rojas más visibles y las manchas más evidentes. Si iba a llorar a moco tendido ante la cámara, por lo menos que saliera guapa.

Una vez con el anillo de luz encendido y el filtro aplicado, Meg escribió en su teléfono las marcas que parpadearían al inicio del vídeo en directo en Instagram. Tenía secretos que confesar y había llegado el momento de hacerlo. Un regalo de Navidad para sus seguidores y un trozo de carbón para Grant. Además, exponerse no dañaría su carrera profesional, porque el reloj nunca se detenía en TikTok y con aquello recuperaría parte de la atención que había perdido. Tenía que mantener la calma y sonar auténtica mientras promocionaba marcas comerciales. Mencionar-

las haría que se dispararan las ventas y con ello afianzaría a sus patrocinadores dubitativos.

Respiró tan hondo como se lo permitieron los pulmones. Agarró una lata de refresco cuya promoción le salía a cuenta, se la llevó a sus inmaculados labios y luego pulsó el botón «En directo».

Bajó la lata y chasqueó los labios como si acabara de degustar algo delicioso.

—Hola a todos. Sé que os había dicho que volvería más tarde. Las cosas no han ido según lo planeado. Como probablemente ya hayáis visto, Grant y yo hemos discutido otra vez. En circunstancias normales, no permitiría que me vierais así. —Se señaló los ojos, manchados e hinchados. El aluvión de espectadores ya estaba convirtiendo su confesión en una avalancha. Era su momento—. Suelo arreglarme y continuar como si nada. Pero hoy no. Hoy voy a explicaros los secretos de mi relación con Grant.

Con aquello bastaba para engancharlos por el momento. Hora de hacer más publicidad. Siguió hablando acerca de resistir, como el maquillaje que llevaba, que, a pesar de las lágrimas, permanecía en su rostro. Y cuando pensó que podía estar perdiendo la atención del público, añadió:

—Ahora voy a explicároslo todo. Ya empecé a hacerlo, grabé en secreto pequeños fragmentos de vídeo, pero me da la sensación de que hoy es el momento indicado para contar la verdad. Detrás de las sesiones de maquillaje y las fotos, de los reportajes en el *¡Hola!* y otros sitios, hay...

El tren dio una sacudida hacia un lado. Los frenos chirriaron. La puerta del cuarto de baño se abrió de par en par y golpeó la pared. El vagón se inclinó ligeramente y descarriló. Meg gateó hasta la esquina de la cama; no soltaba el teléfono.

—¿Qué está pasando? —preguntó, como si algún espectador pudiera saberlo para ayudarla.

El tren rechinó hasta detenerse.

La decoración que había diseñado Meg para el directo se balanceó y cayó sobre ella. Se desparramaron bolsos de grandes

marcas por todo el compartimento. Su joyero se volcó sobre el lavamanos, junto con una paleta nueva de sombras de ojos, que diseminó pigmentos de colores coriáceos y ahumados por el suelo. El espejito de bolsillo resbaló de la cama y se resquebrajó al chocar con la pared.

Meg permaneció donde estaba, a la espera de que el mundo volviera a serenarse. Oyó gritos en el pasillo, procedentes de los compartimentos cercanos.

Y, a los pocos instantes, se vio inmersa en una quietud absoluta. Bajó la ventanilla y notó una ráfaga de aire en el rostro. Miró hacia las vías curvas, pero no atinó a ver qué había sucedido. Lo único que se vislumbraba era la densa cerrazón invernal. Se abrieron otras ventanillas.

—Vaya, me apuesto lo que sea a que no esperabais ver un accidente de tren en directo —dijo tras volverse de nuevo hacia la cámara del teléfono—. Confieso que yo tampoco, y eso que mi vida hace mucho tiempo que descarriló. Grant llegará pronto, así que tengo que contároslo rápido. Necesito hablar. —Respiró hondo y miró fijamente a la cámara, consciente de que tenía los ojos muy abiertos y las pupilas enormes—. Al principio era genial. Un romántico de manual. Mi psicóloga lo llamaba un «bombardeo de amor». Pero enseguida...

Meg se detuvo. La puerta se estaba abriendo. Apareció un pie por la ranura. El pie de Grant. Al principio sintió alivio.

—Grant, oh, es... —Entonces entró y cerró la puerta. Tenía aquella mirada en el rostro—. Por favor, no...

Pero a Meg se le atragantaron las palabras en la garganta. Grant alargó las manos hacia su cuello.

La chica retrocedió, buscó a tientas su teléfono y, sin querer, apagó la grabación. Lo dejó caer al suelo y Grant hizo añicos la pantalla con el pie. Meg se llevó las manos a la cara. No necesitaba ser adivina para saber que aquella sería la noche de su muerte.

Capítulo uno

23 DE DICIEMBRE

Era la víspera de Nochebuena. No se movía ni un coche en Regent Street, el tráfico llevaba diez minutos completamente parado. En cambio, el taxímetro seguía sumando libras y minutos.

—¿A qué hora sale su tren? —le preguntó el taxista, que bajó la radio y miró hacia atrás.

—A las nueve y cuarto —respondió Roz, con los ojos clavados en el reloj.

Eran las nueve menos diez.

El taxista chasqueó la lengua.

—Con este atasco, imposible. Haría falta un milagro navideño para llegar a Euston a tiempo. Tendrá que coger el siguiente.

—Es el tren nocturno —aclaró Roz—. El último antes de Navidad. Tengo que llegar a Escocia. Mi hija se ha puesto de parto seis semanas antes de lo previsto.

Los ojos del taxista se posaron en la fotografía de dos niños pequeños que llevaba en el salpicadero. Una expresión de dolor le desdibujó el rostro. Roz sintió ganas de preguntarle por ellos, pero lo descartó. No era asunto suyo. Ya tenía sus propios problemas en la vida.

—Tomaré un desvío —anunció el taxista—. Pero el tráfico está imposible en todas partes. Ha habido un accidente en Cross Road. Y el efecto dominó se nota hasta Regent Street. ¿No hay más trenes que los nocturnos?

—No quedan plazas. —Roz sostenía en alto su teléfono—. Lo he comprobado.

Bajó la ventanilla con la esperanza de que el mundo exterior la distrajera de sus preocupaciones. El aire frío entró de golpe, como los primeros clientes que se apiñan a las puertas de los comercios el día que comienzan las rebajas. Los transeúntes caminaban a paso rápido con bolsas en las manos y envueltos en bufandas y gorros. La promesa de una nevada inminente teñía de lila el cielo vespertino de Londres. Le recordó al cabello de su hija Heather. Roz debería estar con ella en aquellos momentos, sosteniéndole la mano, llevándole tentempiés, llenando la bañera en la que daría a luz, haciendo lo que fuera preciso hacer. Debería haber previsto un parto prematuro; en realidad debería haber hecho muchas otras cosas. Al quedarse embarazada Heather, le había prometido que se prejubilaba de la Policía metropolitana y regresaría a Escocia antes del nacimiento. El plan era que Roz ayudara a apuntalar la casa para la tormenta de un nuevo bebé. Pero entonces Roz había preferido ponerle el broche a un último caso antes de retirarse y la mala suerte había querido que a Heather se le adelantara el parto. Y ahora no estaba presente para apoyar a su hija. Otra vez.

Comprobó su teléfono. No había mensajes de WhatsApp nuevos, ni de Heather ni de su prometida, Ellie. Y la aplicación del tren seguía indicando que partiría con puntualidad.

El taxista volvió a subir el volumen de la radio. Sonaba *December Will Be Magic Again*. La voz de Kate Bush se elevaba y caía tan frágil y contundente como la nieve. A Roz le encantaba aquella canción, pero hacía mucho tiempo que diciembre no era un mes mágico para ella.

Sobre su cabeza, los famosos ángeles de Regent Street disple-

gaban sus alas iluminadas. Le recordaron a Hannibal Lecter desollando a un policía en *El silencio de los corderos* y luego colgándolo en su jaula, convertido en un ángel despedazado. Probablemente pensar en eso durante las Navidades no fuera lo más apropiado. En ausencia de seres celestiales, tendría que llegar a la estación por su propio pie.

—Me bajo aquí —dijo y agarró sus bártulos—. ¿Cuánto le debo?

El taxista detuvo el taxímetro.

—Veinticuatro libras con sesenta peniques —respondió y se encogió de hombros a modo de disculpa.

Roz acercó la tarjeta de crédito al datáfono, añadió una propina y rogó al dios de Mastercard que la aceptara. Al cabo de un instante, que se le hizo una eternidad, salió el recibo.

—Gracias —gritó Roz mientras sacaba jadeando sus pertenencias del taxi.

—Espero que llegue a tiempo —le deseó el taxista, que volvió a mirar la fotografía de sus hijos y se santiguó.